

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 14 DE DICIEMBRE DE 1914

Núm. 1.720

LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA



EN EL TREN HOSPITAL. - LA ULTIMA CONFESIÓN, dibujo de Félix Schwormstadt. (Reproducción autorizada.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de la serie correspondiente al presente año, que será la notable obra del eminente escritor inglés Daniel Foe

RÓBINSON CRUSOE

Este libro popular, del que con razón se ha dicho que los niños lo leen con avidez, los hombres lo saborean con deleite y los viejos vuelven a leerlo con nueva complacencia, pertenece al corto número de obras que lejos de envejecer, ganan en interés y en valor en el transcurso de los años.

El tomo irá profusamente ilustrado con preciosos dibujos de P. Kaufmann.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *Almas ausentes*, por José de Lucas Acevedo. - *La guerra europea*. - *El centenario del general Prim*. - *Valencia*. *El nuevo arzobispo*. - *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). - *Excmo. Sr. D. Juan Navarro Reverter*. - *«El señor duque»*. - *Repatriados alemanes*. - *Libros enviados a esta Redacción*.
Grabados. - *La última confesión*, dibujo de Félix Schwormstadt. - Dibujo de Tamburini, que ilustra el cuento *Almas ausentes*. - *Los príncipes Leopoldo y Carlos y la princesa María*. - *La condesa Lonyay*. - *Emigrantes*, dibujo de Vicente Carreres. - *Constantinopla. La escuela normal de jóvenes turcas de Ak-Seraï*. - *Soldados alemanes repartiendo el rancho*. - *Dama distribuyendo cigarrillos entre los soldados belgas*. - *Soldados franceses distribuyendo el rancho*. - *Ejército austriaco*. - *Vista del puerto de la ciudad egipcia de Port-Saïd*. - *Cosacos descansando durante una marcha*. - *¡Sin hogar!*, dibujo de A. Mas y Fondevilla. - *El centenario del general Prim*. *En Barcelona*. *En Reus*. - *Valencia*. *La entrada del nuevo arzobispo Sr. Menéndez Conde*. - *Excelentísimo Sr. D. Juan Navarro Reverter*. - *Una escena de «El señor duque»*. - *En Singen (Baden)*. *Llegada de alemanes*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acaba de caer sobre mi mesa de escritorio un libro, lleno de fotograbados, que publica el cronista de salones León Boyd, por su verdadero nombre Enrique Casal, y que se titula *Fiestas aristocráticas 1913-1914*.

Al recorrer sus páginas amenas, surge en mi memoria el recuerdo del invierno pasado, que fué de los más animados de Madrid, y lo comparo al presente, que, al menos en los salones, se anuncia triste y hurraño, cosa al cabo bien natural, dadas las circunstancias, cuya trágica gravedad supera a la de cualquier otro período de la historia.

León Boyd, que es un espíritu culto y abierto, no se ha circunscrito a reseñar lo que sucede en dos o tres salones clanistas, aislados del resto de la sociedad y de la vida general española, y por haber, como suele decirse, abierto la mano y dado cabida al conjunto de la sociedad y del arte y de la existencia efectiva de Madrid, he aquí que este libro ligero tiene importancia documental, y si su autor continúa, como anuncia en la introducción, la serie de tales anuarios, serán consultables, a pesar de su aparente frivolidad, más que otros libros preciados de serios.

En efecto, esa gente que desfila por las páginas de la colección de crónicas de León Boyd es la que, en Madrid, influye poderosamente en la opinión y regula las costumbres; la que da el tono, para decirlo de una vez, al resto de España. Es la «gente conocida» con su relumbrar, unas veces de oro y otras, acaso las más, de similar; con su esnobismo extranjerizado y su alarde frecuente de casticismo; con su mezcla de sangre azul y sangre roja; con su manera de ser peculiar, que conocemos tan a fondo, y que, como en general lo humano, tiene de malo y de bueno, y de indiferente y de mediocre, y de típico y de vulgar, sin que pueda decirse que cualquiera tiempo pasado fué mejor en este respecto, pues acaso lo que se llama alta sociedad no ha empeorado, y muchos de sus defectos graves responden al usual tejido de la existencia en toda Europa, con las nuevas necesidades y exigencias de dinero y lujo.

Y ello será por lo que sea; pero nadie puede negar la verdad que encierran las palabras del autor, cuando asegura que la sección *De Sociedad* «es siempre leída con interés por todos los públicos de todos los periódicos», pues harto lo sabemos y algo significa el hecho de que los rotativos de mayor importancia de Madrid tengan su cronista de salones *atillé*, y lo consideren como redactor de altura, y nunca el original, largo o corto, que este redactor envía, sea pospuesto, sino que se le reserva siempre un lugar preferente, muy visible, en las primeras páginas.

* *

Y ¿qué decir de la amabilidad con que se trata y recibe a los *salonniers* en las cisas y palacios cuya

descripción tan frecuentemente viene a su pluma? Literalmente se les baña el agua, (hablo en general, porque también hubo casos de descortesías, y de alguna tomó luego el cronista sabrosa y certera venganza).

Lo frecuente, tanto que casi es seguro, es que se reciba a los cronistas, como a íntimos, con franquicias de abates *musqués* del siglo XVIII. Son ellos, al cabo, los que reparten el lucimiento social, los que crean las famas de hermosura, riqueza, buen gusto, ingenio, elegancia y otras cualidades que dan aureola a quien las posee.

Esta aureola es artículo de fe, muy en especial para la gente que no concurre a los salones, y sin embargo se interesa por lo que en ellos acontece. Esta gente es numerosa, afanosa de oler y entender, prendada del brillo de un *esprit* o del flotar de una garzota. Así es que se agolpa a la puerta de las residencias donde se celebra un sarao, y obstruye las puertas de las iglesias donde se verifica una boda. Permanece en pie horas enteras, sin cansarse, por no perder el puesto que ha granjeado en la fila, y recoge con ansia, al paso, las frases sueltas, que le parecen pedazos de la intimidad de aquellas personas a quienes atisba y devora con la mirada. Eminencias de la política, de la aristocracia, cruzan rápidamente ante sus ojos, y se le figura, un instante, haberse apropiado algo de su ambiente, pudiendo decir: «Tan cerquita de mí estaba Romanones, como estás tú ahora...»

A provincias se comunica este contagio. Llegan a Madrid viajeros que, deseosos de admirar el Congreso y el Real y el Museo y las Caballerizas, no sienten menos afán por enterarse al cabo de las hermosuras que diariamente los revisteros ponen en las nubes.

Vino de Sevilla un mozo estudiante, anheloso de esta ración de vista. Y, apostándose un día, por más señas, a la puerta del palacio de Nájera, donde había gran baile, hizo que le fuesen nombrando a las damas que se bajaban de sus coches, muy fastidiadas de tener que atravesar la ácerca, entre doble y compacta fila de curiosos. Al sonar el nombre de una, a quien incesantemente la letra de molde traía y llevaba, exclamó nuestro forastero: «Pero ¿es ésa la que tanto ponderan? ¡Si parece una cebolla!»

Y es que no comprendía el mozo las concesiones que hay que hacer a la retórica de salón... Aquella dama había sido, *in illo tempore*, muy guapa. Pero el tiempo es el enemigo malo... Y vaya usted, de golpe, a suprimir los calificativos, a que la habituaron largos años de reinado social...

* *

Volviendo a lo que trae a la memoria este libro de León Boyd, diré que es, en primer término, una serie de bodas de rumbo. La gente sigue casándose, a pesar de todos los conflictos económicos, el aumento del lujo y el desarrollo de mil complicadas necesidades.

Y la gente se casa con un aparato y un *tronío*, que da gusto. Pruébalo la exposición de galas y joyas, trajes, sombreros y pieles. ¡Si habremos asistido a estas exhibiciones con su te clásico, con los novios haciendo «rinconera»; la mamá o el papá o ambos a dos, ufanos, explicando algunas preesas más notables o ricas; los amigos extasiándose, y en suma, la nota de esperanza y de gozo que suele acompañar a estos faustos sucesos de familia!.. Y si de algunas de estas combinaciones han salido matrimonios benditos y ejemplares ¡cuántos, en cambio, están ya moralmente rotos, cuántos han dado pasto a la malignidad de la corte!

Deseo que las solemnidades nupciales reseñadas en el libro de León Boyd se eximan de esta contingencia, y tengan felicísimo remate, logrando los consortes larga y pacífica convivencia, y numerosa y masculina prole...

Las bodas que relata el libro, son casi todas de gente titulada, señoritas de lo más granado, caballeros que van al ara luciendo la casaca de maestranteros o el elegante hábito de las Ordenes Militares. El nombre de las desposadas, de muchas por lo menos, me trae la sensación visual de interminables colas de raso Liberty o rielante moaré, de tules flotantes ceñidos a la testa rubia o morena con el puro azahar, de fulguraciones de diamantes y nacarados reflejos de perlas, de un semblante generalmente pálido por la vigilia de las vísperas de fechas únicas, y acaso más palidecido aún por las lágrimas que arrancó el abrazo maternal y fraternal, de amor y despedida... ¡Horas que deciden de la vida de la mujer! ¡Horas inolvidables!

Cada epígrafe, (y en esto veo la utilidad del libro), me hace revivir la fiesta a que se refiere, más que reconstruida por el relato, por la retentiva que el re-

lato estimula. Resucita, por ejemplo, la impresión de la casa de los Barones del Castillo de Chirel, familia modelo, tan diferente del tipo que ya va siendo habitual: familia unida, encariñada, tierna, seria; hogar cristiano (y al mismo tiempo mundano, en la mejor acepción de la palabra), y a la vez, veo ese hogar tal cual acaba de cubrirlo de negro crespón la muerte de una hija joven, feliz madre y esposa. Los salones de la calle de Ayala no encenderán este año sus luminarias de alegría...

Pero los demás, tampoco. Las Embajadas eran un foco social, para lo cual las ayudaban varios elementos: el núcleo de extranjeros de distinción que fácilmente reunían, y por medio de las Embajadas y Legaciones se relacionaban con la *high life* madrileña; las residencias, siempre lujosas y espaciosas, preparadas ya al objeto de recibir; y la circunstancia de que, siendo frecuente que los Reyes asistiesen a las fiestas diplomáticas, se encontrasen desde el primer momento las Embajadoras en contacto con lo más granado de la corte.

Por ahora, y sabe Dios hasta cuándo - ello depende, como todo, de la guerra - las Embajadas permanecen hoscas, mirándose de reojo: la alemana tras su verja erizada de lanzas, como remate de cascos prusianos; la francesa melancólica, con su Embajadora ausente, dedicada en su patria a la cura de los heridos, y sus solitarios salones, donde los grandes tapices de Gobelinos se enorgullecen con antiguas victorias. Y la Embajada británica, aislada en una calle de poco tránsito, lejos del movimiento de coches y automóviles de la Castellana, está, supongo, aun más triste y ceñuda, puesto el pensamiento en sus formidables *dreadnoughts* y en la visión terrorífica de la escuadrilla de zepelines, que surca el aire...

* *

He aquí la sugestión de este librito que tiene un asunto amablemente frívolo. Y es que, debajo del eterno sainete y la jubilosa fiesta, está lo trágico. ¡El destino manda! como tituló Paul Hervieu su drama estrenado en Madrid, y que describe León Boyd desde el punto de vista de la aristocrática concurrencia.

Claro es que en este libro no se ejerce la crítica, el examen y disección de cada suceso. Ha tiempo que al prologar la obra *Los salones de Madrid*, del famoso cronista Montecristo, dije que no había que creer que todas las damas son tan elegantes y sublimes, todos los palacios tan ostentosos, todas las fiestas tan lucidas ni todos los *buffets* tan opíparos. El cronista de salones tiene tanto mérito, o más, por lo que calla que por lo que dice. La chismografía, en la revista mundana, se queda a la puerta, sin atreverse a asomar su piquito de maligna cotorra. Lo que omite es sin duda lo más interesante para los que hayan podido apreciar cómo las cosas en realidad son, aun siendo muy bien. Tiene que existir ese contraste entre lo escrito y lo real, sin que por eso se niegue la verdad de lo narrado por el autor; sólo que hay cien verdades lo menos, además de la parcial de cada uno...

* *

Y no se crea que esto que voy diciendo es algo semejante a la queja del que, no invitado a un sarao, lo censura y pone de hoja de perejil a los dueños de la casa... En el libro que me dicta esta crónica, tengo honorífica mención por mis Conferencias sobre el Abanico, en el Ateneo. De suerte que sólo motivos de gratitud tengo para el autor, y mis observaciones no van ni aun contra el género, que hallo entretenido y de muy grata lectura.

Las ilustraciones retratan a mujeres tan lindas y sugestivas como la condesa de San Luis, hermana de Fernando Díaz de Mendoza; Angustias Núñez de Prado; la encantadora monjita hija de los marqueses de Peñafuente, el día de sus desposorios con el Señor, con el blanco atavío de las novias: las señoritas de Suárez Inclán, y otras beldades. Sólo por admirar a estas primorosas madamas y madamiselas se puede adquirir el libro.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

ALMAS AUSENTES, POR JOSÉ DE LUCAS ACEVEDO, dibujo de Tamburini



Margarita y Lili eran cordialmente amigas

I

En el estío, los poderosos, los elegantes, los próceres, los nobles y los opulentos, las gentes de fausto y representación, habían coincidido en aquella población norteña, cuyas playas conquistaban el ánimo cansado y la predilección veraniega. Sortear allí el sopor lento y fatigoso de las jornadas caniculares era «moda» para ese que hemos dado en llamar, con una envidia devota, «el gran mundo»; esa sociedad cosmopolita, frívola y superficial que tácitamente se congrega en cualquier áureo lugar de esparcimiento y esplendor, donde establece la urbana feria de sus murmuraciones, sus artificios y sus vanidades.

Por las tardes, el lujoso *hall* del Gran Hotel se veía pintorescamente concurrido en la hora galante de coqueterías, charlas, cigarrillos y feminidad que precede al distinguido te de las cinco. El comentario jocoso, la refinada hablilla y la mundana galantería, toda la charla frágil y quebradiza, en fin, que se deshoja en las elegantes conversaciones, flotaba susurrante, bajo el mosconeo de los ventiladores eléctricos, con sus auras artificiales, el sonido de la cristalería entre las femeninas manos y el cascabeleo musical de las cucharillas.

Y rimándolo todo, con el encanto natural de su poesía, una fuente, con su eterno líquido fresco y grato, atenuaba como una sordina los compases del «squerzo» traducido por los «tziganes» en obligadas notas de color y estruendo, como sus personas, que se diluían en aquel ambiente de distinción y armonías con una vaga e indefinible dulzura de eco lejano o evocación sentimental.

Ante la mesita de cristal, familiar y consabida, Margarita esperaba su imprescindible parte de te, recostada blandamente en su sillón de mimbres, toda ella mórbida y blanca, en una correcta actitud de indolencia y bienestar. ¿Se aburre acaso? Su figu-

ra se contrae en un hastío mundano y cortés, y junto a ella la venerable silueta de la madre hojea una revista del bulevar tras la concha costosa de sus impertinentes.

Entre sorbo y sorbo de te, nuestra elegante se abisma en íntimas meditaciones. Su hermoso peinado rubio, en hebras de oro mate cuidadas y bruñidas, luce tentador y bonito sobre la frente que inclina en la mano marfileña y quieta, donde una abigarrada pedrería fulge radiosa y voltaria como policromas notas de luz en el rosado pentagrama de los dedos. De vez en vez, sus ojos azules, fijos, transparentes, revolotean — como pájaros inquietos por sobre las revueltas y espumantes aguas de unas olas — sobre aquel bullicio cortesano y lucido que anima de ruidos y de luces el *hall*.

A poco, unas risas infantiles, en las que tiembla el divino encanto de unas almas nuevas, sueñan a gloria y a bienaventuranza en los oídos de Margarita, y abre los brazos amorosa, en sed de cariños y caricia de ternuras, para recibir dignamente a la pequeña Lili, que viene corriendo hacia sus zalamerías, con sus gracias. La alza y la zarandea cariñosamente, con ese amor maternal de todas las mujeres por todas las criaturas. Y en alto, a la altura de sus senos en flor y de sus cariños locos, derrama en los ojos y en la frente y en los labios de la chiquita centenares de besos, mientras la niña, mimada y agradecida, con esa suave y pura gratitud de los corazones infantiles que todo lo saben agradecer con una delicia nueva, palmorea en su rostro y ríe alborozada, ingenua y sana. Mejor dicho: rien sus cuatro años de infancia y paz espiritual, y en seguida, prolongando sus ternuras, la coloca amablemente sobre sus rodillas, donde la niña se revuelve con un inefable contento infantil, y la deleita con su charla divina de pueril gracejo y con sus encantadores ceceos a media lengua.

II

Margarita y Lili eran cordialmente amigas, a pesar de los pocos días de conocimiento. El azar, que todo lo junta y todo lo disgrega, por fortuna de lo extraordinario las unió por vez primera en el Gran Hotel, y todo lo demás fué nacido del azar también. Lili y su aya, seca y desgarbada, como casi todas las servidoras de que nos surte *Europa*, coincidieron ante un velador inmediato al ocupado por Margarita y su madre en la hora del te.

Entre la concurrencia, más tal vez que la impen-sada silueta de algún galán rondador, comenzó por intrigar a Margarita el aspecto dulcemente triste de la nena, que pregonaba una orfandad prematura y sombría, con su vestidito de seda enlutado y aquella cinta negra que en gracioso lazo prendía un haz de sus cabellos castaños. Más tarde, concluyó por interesarla vivamente la invariable y única compañía de la pequeña; siempre, aquella mujer alta y magra de aspecto servil, ademanes solemnes y seriedad inquebrantable.

Y ocurrió que, en uno de los minúsculos escarceos y carreras de la niña por entre veladores y macetas, que inquietaban ásperamente al aya, acertó a pasar rozándose con el brazo de Margarita. Y ésta entonces la requirió hondadosa, alegre, y asiéndola, confirmó toda su querencia desinteresada y romántica para con la huerfanita, y la besó en la frente. Desde entonces fueron amigas; como hermanas, como hija y madre.

Verdaderamente, la invisible idealidad que nos aprisiona al espíritu de las cosas había tendido una escala de afecto elevado y bueno entre aquella almita que alboreaba y aquella otra que alcanzaba las sombras. Y en las dos existía un ansia igual de verse, de hablarse, de quererse. Y había para todo una hora oportuna y bien sabida: la del te cuando se

veían, cuando se encontraban con el mismo afán intranquilo de un día para otro y esperado siempre.

Pero Margarita no desentrañaba el misterio de aquella vida que estaba en su comienzo, porque de su infantil cabecita loca en su ingenua brevedad mental, no podía surgir una explicación buena y razonada que aclarase sus ideas y sus hipótesis. Igual le sucedía ante la extranjera acompañante, apenas sabedora del habla del Quijote. Y como su deseo creciente no pasaba de ser una fútil curiosidad de mujer soñadora, dejé de laberintos y suposiciones para albergarse en el profundo afecto que profesaba a Lili con amor de corazón y amistad de alma. Realmente había para querer al querube rosado y carnal, de redondos ojos negros, quimérica boquita de guinda y flotante melena de doncel medioevo.

Y aquella tarde Margarita, besándola, sintió la nostalgia de un recuerdo, intenso capítulo de su existencia, al mirar con mayor sugestión hacia el fondo de aquellas pupilas niñas, donde halló una perfecta semejanza con otros ojos en los que ella se había recreado muchas veces henchida de afares y amores.

Se abismó en pensamientos introspectivos, adentrándose placenteramente en sí misma, con la niña sentada en el regazo; pero pronto turbó su pacífico ensimismamiento la seca voz del aya que tomando a Lili por un bracito, sonrió a las señoras y tras una diplomática reverencia, moduló:

— *Bonjour, mesdames.*

Y aumentando sus pasos graves, echó a andar con la pequeña, que abría y cerraba su manita, en un saludo y en una despedida, como el aleteo de una mariposuela alba y luminosa al cernerse y al alejarse.

III

Al otro día, Margarita, acompañada de su anciana madre, se presentó en el *hall* antes de la hora de costumbre. Desde la jornada anterior, al despedirse de su amiguita, quedó intrigada por divagaciones y conjeturas acerca de la identificación de Lili. Indudablemente, misteriosamente, quizás también fatalmente, aquel perfil de bebé sano y gracioso era como unas líneas de simpatía entre sus almas ávidas; y era también signo indescifrable que la arrastraba hacia la niña como un conjuro o una revelación. ¿Sería posible? ¿Cómo podría ser aquello? ¿Suponer que aquella huerfanita fuese hija del...? Pero no, no! ¿Por qué pensaba así?..

Ya se impacientaba ante el retraso nunca sucedido de la muñeca; y al fin apareció por sorpresa, para su asombro, tanto como para su alegre tranquilidad. Pero algo inesperado, ni sospechado siquiera, debió conmoverla, porque palideció intensamente, ocultó la faz tras el varillaje del abanico y osciló con femenino disimulo la mimbrenña butaca hasta ofrecer a la vista halagada del espectador esa parte del cuerpo que en gracia a su estética se ha suprimido proverbialmente a las señoras. Y así quedó de espaldas a la amiguita, que, conducida de la mano por un caballero, se posesionó alborozada y revoltosa de su conocido sitio. Aquel hombre enlutado y apuesto, sin duda alguna — no podía admitirse, ni el corazón sabio y rítmico la aceptaba — era el padre...

Impresionada, nerviosa, ya iba a marchar, con un vago desaliento y una infinita pena, como cuando abandonamos un lugar que por lo menos fué la mitad de nuestra alma y la vida breve de un ensueño alado y gentil, cuando Lili, amiga fiel, ternura hecha entusiasmo y lealtad, sentimiento niño, que es niño siempre, la cercó tiernamente, con un abrazo de gratitud, como una cadena de esperanza; y abalanzándose a ella la regaló con mil besos, la brindó incontables caricias, sin olvidar su consentido egoísmo, su incipiente picardía, que ofrecía besitos, pero pedía bombones.

Ella, halagada, turbada y con esa dulce fatiga que

nos produce el sentirnos muy felices, se decidió a volver la cabeza para cerciorarse de una verdad amable, de una certidumbre deseada. Y fué lo que tenía

dado y muerto, el cariño enterrado, de una vez para siempre, muy adentro, donde no brotan otras flores cuando se marchitan las primeras.

Amor tan imposible con el matrimonio de él, como lo fuera antes de haberlo contraído, a no ser que el pretendiente hubiera alterado de un modo definitivo su nativa estructura moral.

Aunque le había amado mucho, con amor humano y belleza inmortal, nunca había querido insinuarle sus predilecciones. No era la única mujer con miedo al amor verdad, al amor santo y bueno, que por estar lejos de nosotros lo creemos más cerca del pecado. Y así, sobre su exaltación sentimental y sus anhelosos suspiros y su corazón pasional, había puesto su dignidad, acaso su temor. A un lado quedaba su amor, que parecía coquetería por las circunstancias, y a otro más oculto su coquetería, que era amor. Baldíos, pues, los requerimientos de aquel hombre liviano y calavera.

Él, al sentirse decididamente observado, adelantó hasta el grupo que formaban en un momento dos edades de su vida y dos episodios de su ser.

Y también debió sorprenderse mucho del casual encuentro, porque apenas si acertaron a salir de sus labios unas entrecortadas frases de salud.

Después, mediaron explicaciones, aclaróse todo, admiráronse de la casualidad que los acercaba de nuevo en la vida y en la felicidad un poco triste y vieja de los amores lejanos; comprendieron los motivos misteriosos de su reconocimiento, la amistad con Lili, lazo místico que juntaba las almas en bondad, y terminaron por recordar el pretérito.

Y Julio, amante y sentimental, persuasivo y sincero, concluyó hablando al corazón de ella con doliente palabra, deshaciéndose acaso en amargura:

— ¡Crea usted, Margarita, que fué obra con éxito, lágrimas y desencantos de la fatalidad! Nos separó sin tiempo, a traición, sin comprendernos. Había ante nosotros una venda ceñida por la apariencia de las cosas, y nuestras almas ausentes, que luchaban por abrazarse en lo eterno, no pudieron identificarse en lo humano. Con su amor hubiera finado mi lastimosa vida perversa; yo, en cambio, no vi que para llegar a usted debía purificarme de toda mácula...

Calló un instante y luego prosiguió con acento cada vez más conmovido:

— Y fué otra mujer, como usted, pero más mártir, que nunca lloraré bastante, la que me redimió de mis culpas y me hizo comulgar en bondad. Y fuí buen esposo y buen padre, a pesar de todos mis temidos defectos, por misericordia de sus virtudes. Pero acaso Dios la quería como a una buena hija, como a una elegida y se la llevó a donde dicen que no se vuelve jamás, dejándome el infinito consuelo de esta hija que es imagen suya, de la divinidad de lo santo y de lo triste, del dolor de mi vida y de su vida de dolor.

Y casi llorando, en la dulcemente triste solemnidad de sus palabras sinceras, continuó diciendo a Margarita:

— ¡Vea usted en mí ahora, no al pervertido de ayer, sino al contrito, al padre, que una fuerza sobrenatural encaminó hasta aquí para encontrarla a usted, para hallar la bendita mujer, hermana soñada de aquélla, que tan precisa nos es a mí y a Lili!..

Margarita no respondió a las palabras con palabras, pero sí al sentimiento con amor, del que tenía inagotable y fastuoso venero.

Y tuvo un sublime otorgamiento al enrojecer vivamente, al estrechar con un piadoso gesto maternal — como una virgen transfigurada en resurrección a un Jesús redentor y recién nacido — a la pequeña y encantadora Lili contra su seno, y al ungir su frentecita con unos amorosos óleos de Infinito, en besos...



Los príncipes Leopoldo y Carlos y la princesa María, hijos de los reyes de Bélgica, en Londres, adonde fueron llevados después de la toma de Amberes por los alemanes. (De fotografía.)

que ser. En los ojos del caballero aparecido centelleaba la misma luz ideal que ardía perenne, como diminutas lámparas votivas, en las pupilas de la



La condesa Lonyay, exprincesa Leonia de Bélgica, visitando un hospital de heridos. (De fotografía de Berliner Illustrations Gesellschaft.)

niña, donde prendiera un jirón de vida de Margarita... Sí, aquel hombre era él..., Julio, el amor olvi-



EMIGRANTES, dibujo de Vicente Carreres



Salida de las alumnas de la Escuela. Como se ve en el grabado, todas llevan el rostro descubierto, contra lo que hasta hace poco era costumbre general en Turquía



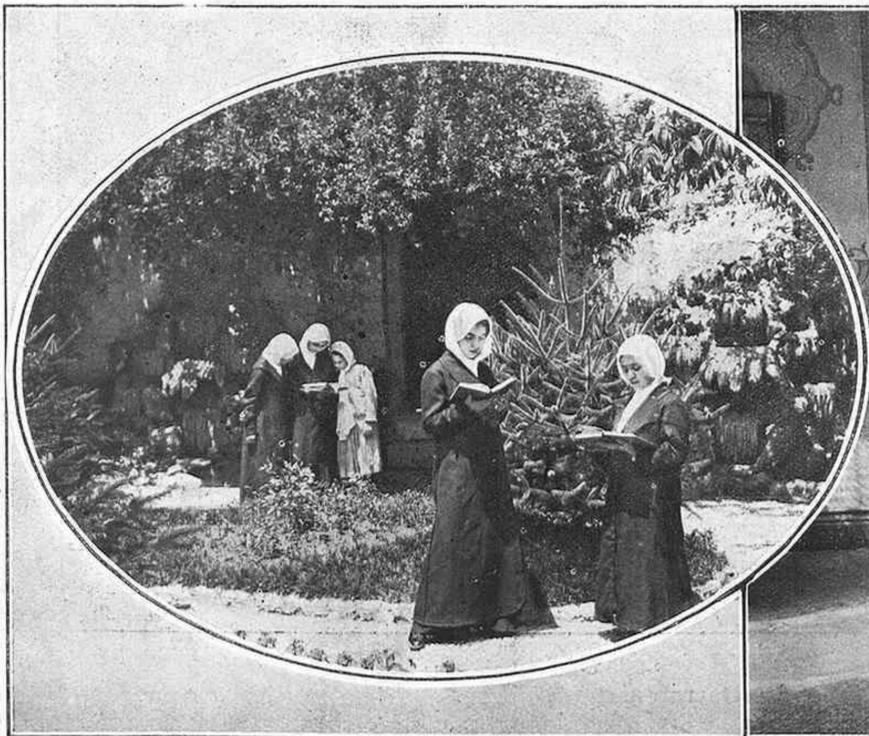
Examinando los bordados ejecutados por las alumnas de la Escuela



Clase de confecciones para señoras



Clase de dibujo a cargo de una dama armenia cristiana



Alumnas estudiando en el jardín de la Escuela



Una lección en la clase de Física. (De fotografías de Chusseau-Fiaviens.)



La guerra europea. - Soldados alemanes repartiendo el rancho entre los pobres de Bruselas. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

Prosigue la lucha de trincheras en toda la línea desde el Sur de Bélgica hasta el Este de Francia, y en las noticias que los partes oficiales nos comunican hay la misma uniformidad que desde hace muchas semanas venimos señalando. En todas ellas leemos que en unos puntos atacan los aliados y contraatacan los alemanes, y en otros puntos acontece lo contrario; que la artillería de ambos bandos representa el principal papel en esta lucha; y que hay avances y retrocesos, de muy escasa importancia por una y otra parte. Pero nada de verdadera trascendencia; ningún hecho de armas decisivo ni siquiera relativamente, lo que hace que hayan de señalarse como sucesos salientes la toma de alguna trinchera o la ocupación de un pueblo insignificante o de una posición de escaso valor estratégico, hechos que casi no merecen la pena de que en ellos se fije la atención.

Para dar una idea de lo que es esta lucha bastará decir que en uno de los últimos partes oficiales franceses se hace constar como acontecimiento saliente la toma por los aliados de la casa del barquero situada en la orilla derecha del canal de Yprés, que desde hacía un mes era vivamente disputada.

En resumen, puede decirse que en este teatro de la guerra la situación no ha variado desde hace muchas semanas; y es probable que no varíe en tanto que no ocurran sucesos verdaderamente importantes en el teatro de la guerra del Este, es decir, en el que luchan los austro-alemanes con los rusos.

Alguno de estos sucesos se ha realizado ya: nos referimos a la toma de Lodz (Polonia rusa) por los alemanes, efectuada después de una serie de sangrientas batallas de las cuales dimos ya cuenta en el número anterior y que han terminado (según comunicación del gran Cuartel general alemán hasta ahora no desmentida por noticias de origen moscovita) con la derrota y la retirada de los rusos.

Lodz es una ciudad muy importante de la Polonia rusa; tiene más de 400.000 habitantes, está situada en una llanura pantanosa sobre el río Ludka, y es el centro de la industria textil de Polonia. La posición tiene gran valor para los alemanes, pues ella ha de facilitarles el ulterior avance en territorio de su enemigo.

La ocupación de esta plaza y la de Rozprza y Przedbórdz quitan todo interés a las últimas fases de los combates que, como hemos dicho, se han desarrollado durante tantos días en aquellos territorios.

En la Prusia oriental, al Este de los lagos masurianos, han sido rechazados los ataques intentados por los rusos contra los alemanes; éstos ocupan allí posiciones muy fortificadas, desde las cuales han bombardeado con gran intensidad a las tropas moscovitas, molestando su ofensiva.

Afirman los rusos que en el frente de Galizia han desalojado a los austriacos de sus posiciones fortificadas y que prosiguen enérgicamente su marcha sobre Cracovia, a pesar de la resistencia desesperada que oponen los austriacos, temerosos de la invasión de las llanuras de Hungría. En su movimiento de avance se apoderaron de Barsfeld, población situada al Sudoeste de Przemysl y cerca de las últimas estribaciones de los Cárpatos y por la cual pasa un ferrocarril que se dirige a aquellas llanuras.

Por su parte los austriacos dicen que han rechazado a los rusos que habían penetrado en la región de Zemplin, en donde está Barsfeld, obligándolos a repasar la frontera y que, según parece, los rusos van desistiendo del asedio de Przemysl. Ambas noticias han sido confirmadas implícitamente por despachos procedentes de Londres, según los cuales los austriacos, en los primeros días de este

mes, consiguieron reaccionar y recobrar algunas de las posiciones que habían ocupado los rusos en los Cárpatos; y las fuerzas rusas que amenazaban Przemysl han tenido que evolucionar para contener la ofensiva austriaca, sin abandonarsu objetivo.

En Servia después de algunos combates, favorables unos a los serbios y otros a los austriacos, éstos se han apoderado de Belgrado. Según noticias austriacas, la rendición fué intimada el día 1.º de este mes por el jefe del sexto cuerpo de ejército que no quiso aceptar las condiciones de capitulación que ofrecía el general serbio defensor de la plaza, y penetró en ésta después de un corto bombardeo. Pero un despacho de Nish, residencia del gobierno serbio, desmiente que precedieran combates importantes a la toma de Belgrado y dice que la ciudad fué evacuada el día 29 por la tarde y estuvo treinta y seis horas sin ningún defensor, y que los combates se limitaron a ligeras escaramuzas con patrullas de la retaguardia serbia. «No se trata, pues, termina diciendo el telegrama, de la conquista de Belgrado, sino de la entrada sosegada del enemigo en la ciudad abandonada.»

Austria ha instalado en Belgrado un gobierno que ha comenzado ya a funcionar, y sus tropas, según se afirma, van ganando terreno al Sur de aquella capital.

No es fácil orientarse respecto a las operaciones entre turcos y rusos, a causa de las contradicciones existentes entre las noticias que de ella se reciben, según procedan de unos o de otros. Dicen los rusos que han desalojado a los turcos de las posiciones que ocupaban en el Cáucaso, y afirman los turcos que avanzan por éste y que han derrotado a los rusos obligándolos a retirarse; y unos y otros se atribuyen brillantes victorias en aquella región. Los turcos, según parece, han ocupado un punto importante a 20 kilómetros de Batum y destruido las fábricas de electricidad de esta última población.

Un telegrama oficial de Constantinopla da cuenta de que fuerzas inglesas que intentaron atacar una posición ocupada por los turcos entre el río Tigris y el canal de Subbeihah (Arabia), fueron derrotadas con grandes pérdidas.

En Egipto han desembarcado los contingentes de Australia y Nueva Zelanda que se incorporaron a las fuerzas británicas para defender aquel territorio contra los turcos.

Ha sido capturado el general Dewet que al frente de algunos boers se sublevó contra el gobierno de la Unión. Con esta captura puede darse por terminada la rebelión intentada en el Africa del Sur contra el dominio de Inglaterra.

Ha llegado a Marsella el vapor norteamericano *Jasón* con un cargamento de juguetes que los niños de los Estados Unidos envían para los hijos de los soldados que forman el ejército de operaciones y que serán distribuidos entre aquéllos con ocasión de las próximas Pascuas de Navidad.

Como dijimos en la última crónica, el Rey Jorge V de Inglaterra ha visitado recientemente el cuartel general del ejército inglés que opera en Francia. Allí fué a verle el Presidente de la República francesa Sr. Poincaré, acompañado del presidente del Consejo de Ministros Sr. Viviani y del generalísimo Joffre.

Después de una detenida y afectuosa entrevista, los dos jefes de Estado se dirigieron en automóvil descubierta al frente inglés, siendo entusiastamente aclamados en todas las ciudades y pueblos por donde pasaron. Recorrieron durante el día las trincheras y por la noche el monarca invitó al presidente a cenar en el cuartel general inglés; terminada la cena, a la que asistieron el príncipe de Gales, el señor Viviani y el generalísimo French, el Sr. Poincaré y sus acompañantes regresaron a París.



Dama distribuyendo cigarrillos entre los soldados belgas



Soldados franceses repartiendo una parte de su rancho entre los niños necesitados. (De fotografía de M. Rol.)

en el cuartel general inglés; terminada la cena, a la que asistieron el príncipe de Gales, el señor Viviani y el generalísimo French, el Sr. Poincaré y sus acompañantes regresaron a París.



Ejército austriaco.-Una columna de aprovisionamiento de municiones dispuesta a partir hacia la línea de fuego



Vista del puerto de la ciudad egipcia de Port-Said, situada al extremo Norte del Canal de Suez, en el Mediterráneo. La ciudad de Port-Said tiene unos 50.000 habitantes y su situación, en una de las entradas del Canal, le da excepcional importancia.



En el teatro de la guerra oriental. - Cosacos descansando durante una marcha

LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA



¡SIN HOGAR!, dibujo de A. Mas y Fondevila

En varias ocasiones hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA notas gráficas que han permitido a nuestros lectores formarse idea de la magnitud de los horrores y de las tristezas de la guerra: monumentos en ruinas, poblaciones arrasadas, campos devastados, y al lado de estos daños materiales, la muerte segando centenares de millares de existencias y el duelo oprimiendo los corazones de pueblos enteros.

El adjunto dibujo de Mas y Fondevila es un episodio de este espectáculo horriblemente

grandioso; pero hay en él tanta verdad, tan hondo sentimiento, que, dentro de su relativa pequeñez, el suceso aislado reviste las proporciones de hecho sintético, verdaderamente representativo. Y estos tres humildes personajes que en la composición figuran, se nos ofrecen como personificación del número infinito de familias que hubieron de huir ante el enemigo y que al regresar más tarde a sus hogares encuentran sólo desolación y tristeza allí donde antes reinaban el bienestar y la alegría.

EL CENTENARIO DEL GENERAL PRIM

El centenario del natalicio del general Prim ha sido solemnizado con grandes festejos en Reus, patria del ilustre caudillo, y con un homenaje en Barcelona.

En Reus, en la mañana del día 6 reuniéronse en la Plaza de la Constitución los niños y niñas de las Escuelas nacionales y municipales, y del Instituto, y varias entidades económicas y políticas, todos con sus respectivas banderas. Allí se juntaron a ellos el

escuelas y de la del Ayuntamiento. A continuación desfilaron en columna de honor por delante del monumento las fuerzas del ejército y secciones de la Cruz Roja y de bomberos.

Por la tarde, en el Teatro Fortuny, cele-



En Reus. - Acto de colocar en el monumento del general la corona regalada por el Ayuntamiento. (De fotografías de nuestro reportero Merletti.)

cionario, comisiones de entidades políticas, muchas sociedades corales y un público numerosísimo.

Comenzó el acto dándose lectura a los telegramas de adhesión recibidos, entre ellos uno del hijo del general Prim. Pronunciaron elocuentes discursos el presidente de la comisión organizadora señor Rabassó y el teniente de alcalde Sr. Matons, y a continuación fué descubierta la magnífica corona colocada en el frontispicio del monumento y en cuyas cintas se lee: «Al general Prim. Primer centena-



El centenario del general Prim. En Barcelona. - Desfile de la comitiva oficial delante del monumento, después de haber depositado en éste una corona

Ayuntamiento en corporación y los diputados señores Nougués, Suárez Inclán, Soriano, Miró, Domingo, Kindelán y Sánchez Robledo y cinco voluntarios sobrevivientes de la guerra de Africa, que ocupaban un landó y por delante de los cuales desfilaron los manifestantes, quienes saludaban a aquellos veteranos inclinando las banderas.

La comitiva oficial dirigióse a la casa de la calle de Monterols que forma esquina en la citada plaza y en la cual nació el general Prim, y una vez delante de ella, el alcalde Reus, Sr. Ambrós, después de breves frases entusiásticas enalteciendo la memoria de tan insigne patricio, procedió a descubrir la lápida conmemorativa del natalicio, que es de mármol blanco y contiene un busto en relieve del general y la siguiente inscripción: «A 6 de diciembre de 1814 nació en esta casa el conde de Reus, Don Juan Prim. Reus en su primer Centenario.»

Seguidamente encaminóse la comitiva a la plaza de Prim, en donde se hallaban formados los regimientos de caballería de Tetuán y de infantería de Almansa, y en donde se celebró una misa de campaña.

Terminada ésta, se procedió a la colocación, en el monumento del general Prim que se levanta en el centro de la plaza, de las coronas de flores de los niños y niñas de las

bróse una velada en honor de Prim. El coro «El Eco Republicano», acompañado por la banda «La Palma», cantó el *Himno a Prim* y luego pronunciaron patrióticos discursos los Sres. Domingo, Sánchez Robledo, Soriano, Miró, Kindelán, Suárez Inclán, Nougués y Ambrós, que fueron aplaudidos.

En Barcelona el homenaje se efectuó en el Parque, junto al monumento del general Prim, donde se reunieron la comisión organizadora, compuesta de individuos de la colonia reusense en Barcelona,

rio. 1914.» Terminó el acto entonando los coros el *Gloria a España* y *Els nets dels Almogavers*.

VALENCIA. - EL NUEVO ARZOBISPO

El día 6 de este mes hizo su solemne entrada en Valencia el nuevo arzobispo Dr. Menéndez Conde, que había llegado el día antes a aquella ciudad, hospedándose en el colegio de Jesús y María, situado en las afueras. A su residencia fueron a buscar las autoridades al prelado, quien acompañado del alcalde y en un coche a la gran *d'Aumont*, se dirigió a la Trinidad, donde esperaban el cabildo metropolitano, las corporaciones oficiales, representaciones de centros y sociedades, etc. Allí se organizó la comitiva, que entró en la ciudad por la plaza de Tetuán, y desde aquel punto el arzobispo marchó a pie y bajo palio hacia la catedral, entre las aclamaciones del público que llenaba las calles, cuyas casas ostentaban espléndidas colgaduras.

En la catedral se cantó un *Tedéum*, terminado el cual el prelado pronunció una elocuente plática exhortando a los valencianos a trabajar por la paz local y pidiendo a Dios que termine pronto la guerra europea y que libre a



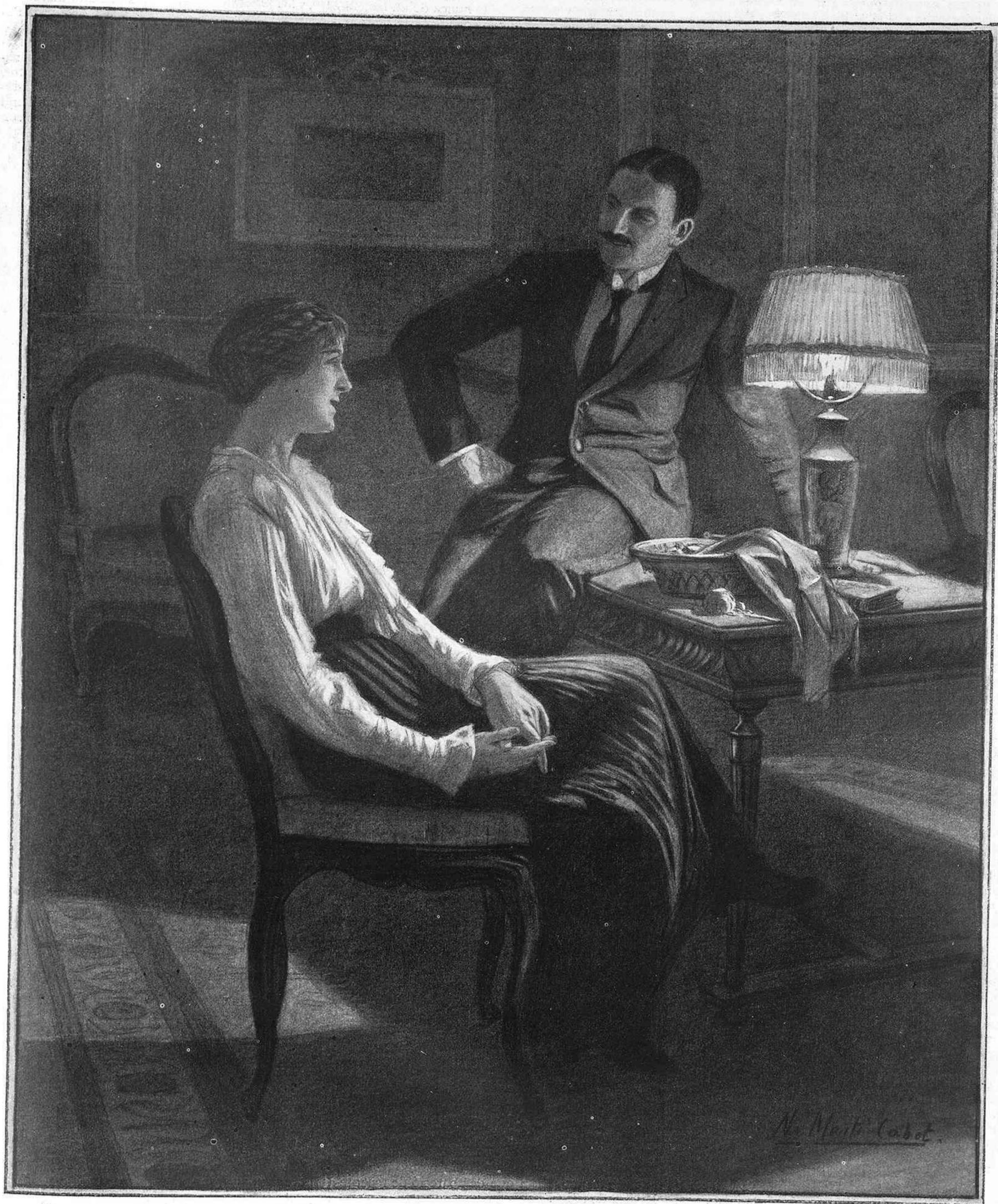
Valencia. La entrada del nuevo arzobispo Sr. Menéndez Conde. - El arzobispo descansando en el altar levantado en las afueras de la ciudad momentos antes de efectuar su entrada en ésta. (Fotografía de V. Barberá Masip.)

nuestra nación de sus horrores. Después de orar ante la capilla de la Virgen dirigióse al palacio arzobispal, en cuyo salón se celebró una brillante recepción.

una representación del Ayuntamiento, los ocho voluntarios sobrevivientes de la guerra de Africa y los catorce sobrevivientes del ejército catalán expedi-

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)



Ratier obtuvo el permiso para sentarse al lado de Catalina

- Ya se ha vuelto usted supersticioso; usted irá lejos, amigo mío.
Jugaron juntos y ganaron otra vez.
- ¡Ah! no, dijo Ratier, yo no quiero ser su fetiche, me ocasionaría muchas molestias.
- Dígame usted en qué consiste que gana siem-

pre, dijo Remisof, puesto que usted no quiere jugar ¿qué le importa?
- ¡Tome usted!, dijo misteriosamente Ratier deslizándole en la mano a Remisof un objeto liso, guárdelo usted en el bolsillo izquierdo de su chaleco y sobre todo no lo mire usted.

- ¿Y esto me hará ganar?
- No lo sé, pero a mí siempre me ha dado suerte, respondió intrépidamente Ratier, y aprovechando el momento en que Remisof volvióse a ver girar la ruleta, se escapó saliendo al jardín.
La noche era apacible a pesar de que la estación

estaba poco adelantada; las nieves invernales se despenaban por dondequiera en armoniosas cascadas. Ratier, a la luz de la luna, veíalas precipitarse desde lo alto de las montañas cortadas a pique.

Un arroyo iba a unir su sereno curso al de un torrente, y todos esos rumores de agua cristalina mezclaban una nota de poesía extraña a los brumosos resplandores del casino, al bullicio vulgar de aquella vida ficticia y malsana, a las ruidosas carcajadas de las mujeres, a las groseras voces de los hombres, que allí se olvidaban de las conveniencias sociales... Ratier apartó sus ojos de allí, dió algunos pasos y se encontró en frente de la montaña.

A algunos centenares de pies, por encima de su cabeza, caía un chorro de agua, recto como una hoja de acero, yendo a estrellarse contra una bóveda de césped que se elevaba casi al nivel del techo de las casas. Ratier cruzó de brazos, contemplando cómo aquella agua brillante saltaba en alegres salpicaduras y, sin saber por qué, pensó, de pronto, en Catalina.

«También ella vive en medio de la corrupción de la vida y permanece serena, brillante y pura... Pero el peligro la cerca, la amenaza siempre... ¿Puede uno fiarse acaso de las buenas intenciones de ese estúpido de Remisof, que no había arriesgado un céntimo y está ahora jugando como un desesperado? ¿Y no soy yo también un necio en divertirme con la necesidad de toda esa gente? Y todo nada más que para procurarle a Catalina veinticuatro horas de tranquilidad y reposo... ¡Qué alegre y qué tranquila debe estar en París!»

Ratier conmovióse ante la idea de que Catalina estaba tranquila y que quizás a aquella hora, asomada a su ventana, contemplaría como él la bella luna llena que atrae irresistiblemente a los que tienen el alma sedienta de ideal.

«¿Sabe, adivina ella acaso que es a mí a quien debe su tranquilidad? ¿Y qué importa que no lo sepa con tal de que la goce esa pobre... esa acalorada niña?»

Buscó en su bolsillo los útiles para hacer un cigarrillo y vió que no tenía su papel *Job*.

«¡Qué necio! Se lo he dado a Remisof por amuleto. Es capaz de ganar con él y de no querer devolvérmelo. ¡Sería cómico!»

Maquinalmente, impulsado por esa necesidad imperiosa de fumar, regresaba hacia el Casino, cuando tropezó con tres objetos muy extraños.

Parecía que un contrabajo se paseaba solo por el jardín, en dirección al Casino; luego pasaron dos violoncelos, embutidos en sus cajas, que marchaban también por sí solos. Ratier avanzó para comprobar aquel extraño fenómeno y tranquilizóse al ver que aquellos instrumentos iban sólidamente apoyados en hombros de dos mandaderos del país.

— ¿Adónde vais?, preguntó.

— Esta noche se da un concierto a beneficio de una familia sepultada por un alud, repuso uno de los mandaderos. Comienza a las ocho.

— ¡Hola!, exclamó Ratier, conque se canta en Saxon como en Mónaco.

Ratier, canturreando para sí el antiguo aire de *Mónaco*, se encaminó hacia la sala de conciertos y leyó el programa. Casi todos los que debían cantar eran aficionados. Ratier, acometido de una inspiración súbita, buscó al director de orquesta y celebró con él una misteriosa conferencia de cinco minutos.

Al salir para volver al jardín vió que la señora Slavsky se precipitaba hacia él, aterrada, con las manos temblorosas y los ojos brillantes.

— ¡Ah! por fin le encuentro, Ratier.

— ¿Me buscaba usted a mí?, preguntó Ratier cortésmente.

— Sí, Ratier, présteme usted dinero, dijo Bárbara, con los dientes apretados, me hace falta dinero inmediatamente... ¡Lo he perdido todo! ¡todo!

Como lady *Mácbeth*, retorciase maquinalmente las yemas de los dedos.

Ratier la miró lleno de interés.

Pálida bajo aquella claridad blanca de la noche, con las pupilas dilatadas, los labios ligeramente entreabiertos por la emoción, estaba muy hermosa, infinitamente más hermosa que en la vida real... Ratier la contempló con verdadero placer de artista.

— He dado mis alhajas y las del coronel en prenda.

— ¿También ha perdido él?

— Y sigue perdiendo... No le queda ya casi nada y cree estar inspirado... Ratier, necesito dinero.

Y le miró suplicante. Ratier preguntó entonces.

— Pero yo suponía que estaba usted ganando muchísimo.

— Llegué a ganar hasta treinta mil francos... Necesito dinero.

Bárbara apretó convulsivamente con su diestra el brazo de Ratier, que la miró con cólera y desprecio.

«He aquí a qué extremos llegan los jugadores cuando la fortuna les vuelve las espaldas», pensó

Ratier. «Pierden en absoluto el sentido de la moral y del decoro.»

— Ratier, dijo ella afectuosamente, ya sé que no le he demostrado nunca la simpatía y benevolencia que usted se merece, y que estará poco dispuesto a hacerme un favor, pero yo le aseguro que si me ayuda en esta ocasión yo sabré agradecerse... Tengo una buena memoria y no me olvido nunca de un beneficio recibido... Sea usted amable y présteme todo lo que tenga.

Bárbara aguardaba su respuesta con avidez.

— ¿Cuánto le hace a usted falta?, dijo penosamente conmovido a pesar de su escepticismo y deseo de librarse de ella.

— Quinientos francos... ¿Tiene usted quinientos francos?.. Aun puedo ganar... Quinientos francos... o mejor mil... ¿Tiene usted mil francos?

— No tengo más que quinientos francos, dijo gravemente Ratier.

— Démelos usted, Ratier..., démelos... ¿Quiere usted que le firme un recibo del doble..., del triple...?

— ¿Quiere usted que le firme un recibo de cinco mil francos?.. Ya lo he hecho muchas veces... Así la he firmado recibos por valor de ochenta mil francos a esa antipática condesa Manshauschen... Y no me ha prestado más que cuatro mil francos... Fué una noche, en Mónaco, en que había perdido como hoy... ¿Quiere usted, Ratier?..

Este se la quedó mirando. Y un pensamiento luminoso pasó por su cerebro.

— ¿Me firmaría usted un recibo en la forma que yo quisiese?, preguntó.

— Sí, sí, sí.

— No quiero su dinero... Déme usted a Katia por esposa.

La señora Slavsky lanzó una risa forzada y algo nerviosa.

— ¡Qué ocurrencia! ¡Dios mío! ¡Qué ocurrencia!

— No es una broma lo que acabo de decirle, continuó Ratier sacando cinco billetes y agitándolos ante los ojos de la señora Slavsky; aquí están los quinientos francos. ¿Quiere usted concederme la mano de su hija si ella consiente?

— ¡Démelos usted! ¡Démelos usted!, dijo Bárbara extendiendo ambas manos.

Ratier levantó los billetes por encima de su cabeza.

— ¿Quiere usted darme a su hija? Poseo una fortuna. La doy mi palabra de que tengo sesenta mil francos de renta... ¿Si puedo probarla que lo tengo me dará usted a su hija?

— Sí.

— ¿De veras?

— De veras.

Ratier bajó el brazo y Bárbara se abalanzó a los billetes, echando después a correr sin darle siquiera las gracias. Subió apresuradamente los escalones del vestibulo y desapareció en el interior.

— Por fin me he salido con la mía, dijo Ratier cruzando los brazos sobre el pecho... Si Remisof lo hubiese presenciado... ¡Muy bien!., mi viaje no ha sido infructuoso.

Entró en la sala de juego para visitar a sus compañeros.

Remisof, sentado ante el tapete, jugaba con un desembarazo y soltura como si no hubiese hecho otra cosa en su vida, pero con una prudente desconfianza... No arriesgaba nunca más de diez francos y raramente a un solo número.

«Tú no serás nunca más que un pésimo jugador, se dijo Ratier. Tú no darías la mano de tu hija por quinientos francos.»

Boleslao, no sólo había vuelto a recobrar su serenidad sino parte de su peculio. Hacía un momento que ganaba y su rostro se mostraba más apacible y satisfecho.

En cuanto a Bárbara jugaba desenfadadamente habiendo perdido ya parte del dinero que le había dado Ratier. Jugaba como siempre con mucha dignidad sin que nada delatase en su exterior la emoción demostrada en el jardín.

— ¡Qué mujer!, exclamó Ratier, ¡Qué suegra más rara!

No tardaron en llegar al salón los acordes de la música de los aficionados. Ratier dió dos o tres vueltas, jugó unos cuantos luses tan pronto perdiendo como ganando, hasta que desapareció de repente a la vista de todos.

La señora Slavsky estaba en camino de rehacer su quebrantada fortuna y hasta de aumentarla bastante, cuando de improviso resonaron con más fuerza los acordes de la orquesta.

Una voz de tenor, fresca, tan sonora que hizo levantar la cabeza de todos los jugadores, resonó en la sala de concierto y vibraba con tanta fuerza y poderío que no tardó más que algunos segundos en invadir la sala de juego.

— ¡Cerrad la puerta!, gritó un caballero a quien no gustaba la música.

Las puertas estaban cerradas salvo la que conducía al jardín y que no podía cerrarse sin faltar al reglamento; lo más que podía hacerse era correr los cortinajes y así se hizo en efecto.

Amortiguóse en el acto el ruido de los instrumentos, y los jugadores volvieron a su encarnizada caza a la suerte. Pero de repente, una ráfaga de aire entreabrió los cortinajes y llevó hasta la ruleta el do de pecho más hermoso que se ha dado después de Duprez. Algunos jugadores que perdían y eran aficionados a la música, se dirigieron a la sala de conciertos.

No tardaron en resonar los aplausos con tanta fuerza que otros jugadores cansados de jugar, pues uno se cansa de todo, fueron a ver a quién aplaudían con tanto entusiasmo.

El aire continuaba haciendo flotar los cortinajes.

— Señores, continuad vuestro juego, dijo el *croupier*, melancólicamente.

— Es un gran tenor, dijo una voz afuera.

— ¿Es italiano?, preguntó otro.

— ¡Chist!, hizo en otra mesa el coronel frunciendo el entrecejo olímpico.

La señora Slavsky jugaba animosamente y la fortuna recompensaba sus esfuerzos. Estaba continuando una serie afortunada cuando la voz del importuno tenor resonó de nuevo en sus oídos.

Esta vez cantaba en francés, con una suavidad exquisita y una penetrante expresión.

Y las faltas y desafinaciones del acompañamiento no lograban apagar la poesía que evocaba aquella voz franca y poderosa. Varias señoras abandonaron la sala, yéndose en pos de ellas algunos hombres.

«Yo conozco esa voz», pensó Bárbara.

En aquel mismo instante el coronel levantaba la cabeza; ambos se miraron sorprendidos.

La voz del tenor vibró con tanta energía que Boleslao se estremeció.

— ¡Es Ratier!, dijo casi en alta voz.

La señora Slavsky encogióse de hombros... ¿Qué la importaba a ella que fuese o no Ratier?

Y continuó jugando.

Boleslao no era jugador únicamente: Todas las pasiones bullían sobre su cráneo. Era también un ardiente melómano. Establecióse una lucha en su espíritu. Atraíale la voz de Ratier y la novedad de oírle cantar, al mismo tiempo que le retenía al tapete verde el afán de la ganancia... Por último, al ver que había perdido dos veces seguidas, levantóse y salió, quedamente, de la sala, acompañado de una mirada de desprecio de su bella amiga que no era melómana, y se metió en la sala de concierto.

Era Ratier el que cantaba. El entusiasmo del joven cantor era muy grande; cantaba para socorrer a las viudas y a los huérfanos, y lo hacía con toda su alma.

Su hermoso rostro varonil y franco resplandecía de placer y orgullo; él era el rey del mundo. Y, sin embargo, cuando el coronel, fascinado, se acercaba cada vez más al sitio donde hallábase Ratier, éste no pudo por menos de mirarle, lo que acabó de trastornar a Boleslao.

Ratier terminó de cantar. La sala estaba casi llena y el público aplaudía rabiosamente a Ratier; gritando ¡bis! ¡bis!

Ratier volvió a aparecer ante el público, llevóse la mano al corazón y salió de la sala andando hacia atrás.

Boleslao dirigióse a la sala de juego.

¿Por qué Ratier le había ocultado sus prodigiosas facultades para el canto? Aquello le parecía muy extraordinario. Hacía cuatro o cinco años que conocía a Ratier, y durante ese largo espacio de tiempo habían apurado juntos muchas copas de licor, fumando muchos cigarros, y su amigo no le había hablado nunca de su voz. ¿A qué obedecía su reserva?

«Siempre he creído que me ocultaba algo», pensó Boleslao.

Y volvió a ocuparse en el juego. Pero la suerte guardábale rencor por haberle vuelto las espaldas y se lo probó cumplidamente.

Ratier se paseó por el jardín durante el intermedio del concierto, sin tratar de sustraerse al entusiasmo de sus admiradores. Rodeáronle los aficionados abrumándole a preguntas; él les respondía muy serio y cualquiera hubiese creído que les decía la verdad. Un francés que hacía dos días estaba en aquel antro de perdición, apresuróse a presentarse a él.

Era reportero de un importante periódico y había ido allí con la doble misión de estudiar el estado de los trabajos de la vía férrea de San Gotardo y ver al mismo tiempo si valía la pena de hablar de la inauguración de la temporada en el casino de Saxon. Ratier le había visto antes, quizás en el café de Suecia en París... Ambos se hicieron amigos.

— He venido para hablar de esto, le dijo el reportero al tenor; pero no creo que valga la pena...
 — ¿De modo que usted cree que esto no es interesante?, preguntó Ratier con aire ingenuo.
 — No, pero he tenido la mala ocurrencia de jugar y he perdido todo el dinero que traía... He telegrafado al Director y no me ha enviado ni un céntimo.
 — Pero ¿le ha contestado a usted?
 — Me ha contestado: «Así escarmentará usted». Calcule usted mi situación. No tengo bastante dinero para irme y espero que alguien me libre de mi cárcel. He gastado mucho en el hotel, a ver si así me prestaban dinero, y sin embargo...
 — Se lo han negado a usted. Era elemental. Usted no lo hubiese devuelto nunca. Diga usted: ¿cree usted que valgo como cantante?
 — Es usted un tenor colosal.
 — ¿Qué, mi voz es bonita?
 — ¡Prodigiosa!
 — Pues bien, dígame usted así en el periódico. Pienso presentarme muy pronto en público.
 — ¿Cuándo? ¿Dónde?, preguntó el reportero, electrizado por su arte.
 — Ya se lo diré oportunamente... Le doy a usted permiso para que sea todo lo indiscreto que suelen mostrarse las gentes de su profesión y en cambio...
 — ¿Qué?
 — Le repatrió a usted. ¿Le conviene el trato?
 — ¡Ah!, amigo mío, cuente usted con mi eterna gratitud.
 — No quiero su gratitud, sino un buen artículo. No creo que en el periódico se los paguen tan bien como yo... Una cosa le ruego, que haga usted aquí como si no me conociese...; viajo con gentes muy distinguidas... con una familia extranjera de la alta sociedad... y ya comprende usted que la discreción...
 — No tenga usted cuidado..., desde este momento no le conozco.
 — ¡Convenidos! Dentro de una hora en el hotel y mañana podrá irse usted.
 El reportero, encantado, se iba ya, pero retrocediendo dijo a Ratier:
 — Présteme usted un luis, a ver si tengo suerte.
 Ratier sacó con aire regio veinte francos de su bolsillo.
 — Añada usted cinco líneas al artículo; ponga muchos signos de exclamación y varios puntos...
 El reportero hizo un signo afirmativo con la cabeza y entró de nuevo en la sala de juego.
 Al llegar la hora fijada los jugadores vieron obligados a abandonar la sala desparramándose por el jardín.
 Remisof con el ceño fruncido hacía cuentas con lápiz en el reverso de un sobre. Ratier se acercó a él.
 — ¿Qué hace usted? ¿Debo felicitarle?
 — ¡Es una trampa indigna!, gruñó el amable joven.
 — ¿Ha perdido usted?
 — Sí. Hay que ser muy necio para jugar.
 — ¿Ha perdido usted mucho?, le preguntó Ratier para quien las quejas acostumbra en tales casos habían perdido ya el atractivo de la novedad.
 — Trescientos setenta y ocho francos.
 — ¡Pobre Remisof!, dijo Ratier con interés, pasándole la mano por la espalda como a un perro fiel.
 ¡Trescientos setenta y ocho francos! Eso es tener mucha suerte cuando se es millonario.
 — ¿Qué dice usted?
 — Sí, lo repito, es tener mucha suerte, porque si hubiese usted ganado habría vuelto a jugar mañana por la mañana, y así nos iremos en el primer tren que salga para París, no volviéndose a acordar usted de la ruleta en su vida. No crea usted que resulte caro el haber dado trescientos setenta y ocho francos por estar inmune para siempre de la funesta pasión del juego, por haber recibido la vacuna de la ruleta y la inoculación del treinta y cuarenta. Y si usted no fuera malo comprendería que en cierto modo está en deuda conmigo. A propósito, devuélvame usted mi amuleto porque ya no le sirve para nada.
 — ¿Para qué lo quiere usted, si ya no se juega?
 — Para hacer un cigarrillo..., ésa es su misión en el mundo.
 Mientras que Remisof, mal repuesto todavía de las emociones del día, le daba otra vez el papel Job, Boleslao avanzó hacia ellos con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y alterado por el infortunio.
 — ¿Ha perdido usted, coronel?, preguntó Ratier, respetuosamente, conmovido ante aquel gran infortunio.
 — ¡Todo!, gimió Boleslao.
 — Otra vez ganará usted. Vamos a acostarnos. Mañana partimos.
 — ¿Y si nos quedásemos?... ¡Quién sabe!.
 Ratier se mantuvo inflexible.
 La señora Slavsky había desaparecido sin hablar con nadie. Boleslao creía que había perdido también,

al menos, así lo dijo ella. Pero Ratier que la conocía mejor abrigaba la certeza de que había ganado y mucho.

Bárbara pertenecía a esa casta de seres que van a ocultar su dinero en otra patria o en su defecto, al abrigo de las miradas profanas.

Nuestros amigos se separaron en un estado de ánimo melancólico, y a la mañana siguiente el primer tren llevólos a Lausana y de allí a París.

Llegaron a París muy temprano, fatigadísimos y de malísimo humor; y separándose en la estación sin despedirse, cada cual se fué por su lado, a meterse en la cama, probablemente. Únicamente Ratier saludó con mucho respeto a la señora Slavsky, diciéndola al mismo tiempo:

— Señora, muy pronto tendré el honor de ir a presentarle mis respetos.

Bárbara saludóle, altivamente, y después volvió la espalda, llevándose consigo su saquito negro.

Al llegar a su casa quedó sorprendida al ver que era miss Amroth la que le abría la puerta. Tenía los ojos encendidos, el rostro hinchado y el aspecto de haber pasado la noche llorando.

— ¿Por qué me abre usted misma la puerta?, preguntó la encantadora Bárbara sin tomarse la molestia de darle los buenos días.

— Señora... es que... la estaba esperando a usted.

— ¿Dónde está la criada?

— La ha despedido la señorita.

— ¿Otra vez? Así no tendremos jamás ninguna. Y mi hija ¿dónde está?

Miss Amroth en lugar de responder rompió a llorar desconsoladamente, cogiéndose la cabeza entre las manos. Como que esto no sacaba de dudas a la señora Slavsky, ésta sacudió, con fuerza, a la irlandesa, por un brazo.

— ¿Dónde está mi hija?, le preguntó otra vez tan ásperamente que la infortunada mujer comprendió que no le quedaba más recurso que responder.

— Se ha ido, señora.

— ¿Con quién?, exclamó Bárbara aterrada.

— ¡Sola!

— ¡Eso no puede ser!, gritó la señora Slavsky. Este grito salido del corazón provocó en la irlandesa un nuevo diluvio de lágrimas y protestas calurosas y sinceras.

Viendo la señora Slavsky que no obtendría ninguna explicación clara y concreta, si no procedía con orden, y juzgando que el rellano de la escalera no era un sitio propicio para escuchar una conferencia semejante, entró en la casa y se dirigió hacia el cuarto de Katia.

En efecto, el pájaro había volado. La camita estaba intacta. La madre no pudo reprimir un leve estremecimiento de angustia al ver el cuarto vacío. Pero como era una mujer enérgica se sentó en un sillón y sin quitar la vista de encima de miss Amroth pudo ir obteniendo poco a poco algunos detalles acerca de la fuga de Katia.

La condesa Manshauschen había estado allí la antevíspera con el general Tomine y muy sorprendidos de no encontrar a su amiga en su casa la habían invitado a tomar el te. Catalina les hizo los honores lo mejor que supo; pero el general se mostró sobremanera galante. Catalina no le ocultó su descontento y desagrado, pero la condesa celebró con ruidosas carcajadas las galanterías algo audaces del general.

— ¡Ese viejo imbécil!, murmuró la señora Slavsky encogiéndose de hombros.

— Entonces Catalina, encolerizándose en alto grado, continuó miss Amroth, le dijo cosas muy desagradables. La condesa siguió riéndose y la señorita Catalina, fuera de sí, le dijo que se fuera inmediatamente. Al ver que no le hacía caso y que el general no cesaba de prodigar sus piropos de mal gusto, se encerró en su cuarto, y a poco se fueron el general y la condesa riéndose los dos a todo trapo.

— Ya me pagará eso la condesa, exclamó la señora Slavsky en voz baja. Siga usted.

— La señorita Catalina estuvo llorando toda la noche y al día siguiente por la tarde apenas acababa de decirme que me vistiera para salir con ella, cuando llegó el general.

La criada cometió la torpeza de decirle que la señorita estaba en casa y el general entró en el salón... No sé lo que le diría; sólo sé que al cabo de un instante oí el ruido de un objeto de porcelana que iba a estrellarse en pedazos contra el suelo. Era el jarrón de la mesa de centro. La señorita Catalina pasó ante mí, despidió a la criada y corrió hacia la escalera y no la he vuelto a ver más.

La señora Slavsky se quedó un momento silenciosa; lo que acababa de contarle miss Amroth tenía mucha gravedad. Sin embargo, como era una de esas naturalezas optimistas que todo lo ven por el lado bueno, no quiso dejarse abatir tan pronto.

— ¿Y qué hizo entonces el general?

— Cogió su sombrero echando sapos y culebras por la boca y trató de correr tras la señorita; pero era lo mismo que correr tras un pájaro.

— ¿Y no ha tenido usted después noticias de mi hija, no ha indagado usted nada?, preguntó la señora Slavsky pensativa.

— Sí, señora, me he dirigido a la policía; he ido a ese sitio donde sabe usted que llevan a la gente que muere en la calle, o que encuentran...

Bárbara estremeciéndose. Por muy poco madre que fuese, la idea de encontrar a su hija en la Morgue, hizo sentir frío en los huesos. Hizo un gesto con la mano y se dirigió a su cuarto.

Media hora más tarde, vestida sencillamente de negro, salió con el objeto de emprender más eficaces pesquisas. Estuvo ausente cinco horas, lo recorrió todo, hasta la Morgue, y volvió sin haber hallado el menor rastro de Katia.

Al entrar en su casa muy pálida, muy fatigada y repentinamente enrojecida, le entregaron una esquelita. La señora de Haupelles le escribía breves líneas diciéndola únicamente: «venga usted a verme en seguida».

Bárbara se hizo llevar allí inmediatamente.

Ratier no tuvo que buscar tanto como ella. Al llegar a su casa, su portero que le quería, tanto por su buen humor como por sus magníficas propinas, le dijo:

— Han dejado una carta para usted en su casillero, señor Ratier.

Ratier metió la mano en el casillero indicado, sacando de él una carta. El sobre era recio y la letra elegante y aristocrática. Subió corriendo a su entresuelo, cerró la puerta y tirando los objetos que le embarazaban las manos se sentó en un cómodo sillón al lado de la ventana. El corazón latía apresuradamente, pues tenía el presentimiento de que aquella carta era de Katia. La abrió leyendo primero la firma.

La que le escribía era la señora de Haupelles. Como no la conocía, empezó a leer la carta.

«Una pobre niña casi abandonada me asegura que usted es su único amigo. Hágame usted el favor de venir a hablar conmigo en cuanto haya recibido esta carta.»

La esquelita no decía nada más; pero Ratier comprendió que el momento era decisivo y respiró como un hombre dichoso. Catalina tenía fe en él, puesto que le llamaba su amigo. Iba a recibir a aquella niña adorada de manos más respetables que las de su madre. Aunque no conocía a la señora de Haupelles, ni aun de nombre, estaba seguro, a causa de las prudentes frases que empleaba en su esquelita, de que era una persona seria y digna de estimación.

Ratier consultó el reloj de su chimenea que señalaba la seis y media. El no podía decentemente presentarse de aquel modo en casa de la señora Haupelles. Se echó en la cama, durmió hora y media y a las nueve en punto entraba en la calle de la Universidad.

Hacia ya tiempo que se habían levantado, y la casa estaba cuidadosamente arreglada a pesar de la hora matinal. Ratier comparó mentalmente aquel orden y vigilancia con el descuido del modo de vivir de la señora Slavsky, pero no tuvo tiempo de hacer muchas reflexiones, pues introdujéronle en seguida cerca de la señora de Haupelles, que acababa de regresar de la iglesia.

A la vista de aquella mujer tan seria, tan digna y sin rigidez, comprendió que el asunto era grave. Para que una dama de su edad y de su posición le hubiese hecho aquel urgente llamamiento, era preciso que las circunstancias fuesen excepcionales. Esperó pues con sincero respeto la comunicación que tenía que hacerle.

— ¿Vuelve usted de Suiza, caballero?, le preguntó la señora de Haupelles.

— No hace más que cuatro horas que he llegado y no me he atrevido a presentarme más pronto.

— La señorita Slavsky está aquí.

Ratier no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

— Supongo que no le habrá sucedido nada malo, dijo disimulando mal su emoción.

— Materialmente nada desagradable, repuso la señora de Haupelles, encantada interiormente de la espontaneidad del joven. Se ha visto obligada a abandonar la casa de su madre ausente por motivos..., por motivos excelentes; pero está bien.

Hubo una breve pausa. Hay cosas que son difíciles de decir. A pesar de su tacto social, la señora de Haupelles no sabía por dónde empezar.

— Usted se ha interesado mucho por esa joven, dándole para que se refugiara en caso necesario, la dirección de gentes honradas. He tomado mis infor-

mes. Usted me dispensará caballero, pero su edad y sus amistades convertiríanle en un singular paladín. El matrimonio en cuestión no puede ser más honorable, de modo que es muy de agradecer la solicitud que ha demostrado usted por la suerte de una muchacha desgraciada que ha vivido hasta ahora en un pernicioso ambiente... Pero antes de ir más lejos, permítame que le pregunte en qué la funda usted.

— Anteayer por la noche, a las nueve, en Saxon-Bains, tuve el honor de pedir a la señora Slavsky la mano de su hija que me otorgó, gracias a haberla prestado un billete de quinientos francos que necesitaba para seguir jugando, en un momento en que lo había perdido todo.

La señora de Haupelles hizo un gesto de asco y reconvencción. Ratier, imperturbable, contestó con exquisita cortesía.

— Quizás en aquel momento hubiera podido obtenerla a menos precio.

La señora de Haupelles sonrió levemente. La cautivaban la franqueza y la alegría de aquel joven que abríanse paso a pesar de la gravedad de la situación.

— ¿Y qué intenta usted hacer con ese consentimiento?

— Hacerlo ratificar por la señorita Catalina y arrancárselo otra vez por todos los medios posibles a la señora Slavsky que, según todas las probabilidades, a estas horas me odia mortalmente.

— ¿Por qué?

— Porque no me perdonará nunca que yo le haya hecho un favor, dijo ingenuamente Ratier.

La señora de Haupelles, que conocía el mundo, sonrió ante aquella demostración de filosofía.

— Pero si no he comprendido mal lo que me ha dicho la señorita Slavsky, dijo la señora de Haupelles recobrando su habitual reserva, usted fué el que se llevó a esas..., esas personas a Saxón para hacerlas jugar... Esa conducta de usted, que yo no apruebo, debía tener un motivo. ¿Cuál es?

— Yo tenía dos motivos para hacer eso, repuso Ratier francamente. El primero era el de procurarle algunos días de reposo a la señorita Catalina que acababa de sufrir una prueba muy ruda.

La señora de Haupelles dióle a comprender con un gesto que sabía qué prueba era aquella. Catalina no le había ocultado lo sucedido con Remisof.

— Yo abrigaba además una vaga esperanza de que la señora Slavsky me necesitara y que así no me sería difícil obtener su consentimiento... aun a trueque de perderlo después...; pero ya suponía algo el haberlo obtenido y usted ya ve que los acontecimientos me han dado la razón.

La señora de Haupelles no había visto jamás a ningún futuro yerno mandar a su suegra a Saxón con la esperanza de que perdiera mucho dinero; pero evidentemente Ratier y sus amigos no eran del mismo temple que la gente que la rodeaba. Después de reflexionar un momento le preguntó:

— Que quiera usted casarse, lo apruebo por ser una medida muy prudente, pero ¿con qué medios de subsistencia cuenta usted?

— Yo hubiera preferido, señora, no verme precisado a decirlos, aunque no tienen nada de reprobables... Yo le doy a este misterio una importancia muy particular... Poseo aún cerca de dos mil francos de renta, más unos doce mil francos que conservo para una circunstancia grave, tal como mi casamiento o mi entierro, pero todo esto ya sé yo que no constituye medios de existencia... Tengo otra cosa sin la cual no podría abrigar la pretensión de casarme con la señorita Catalina.

— A pesar de todo no puedo seguir hablando con usted si no me confía ese secreto que es tan importante para todos los que se interesan por la suerte de esa pobre niña.

— Tiene usted razón, señora, dijo Ratier después de vacilar un instante, pero prométame usted no decirle nada a Katia hasta que haya admitido mi proposición de matrimonio.

La señora de Haupelles le prometió el secreto y Ratier le reveló el gran misterio de su futura fortuna. A medida que le escuchaba sentíase más subyugada por la franqueza de sus ademanes, la sinceridad de su acento, por el fluido de simpatía que emanaba de aquel joven extraño, bohemio, hastiado, que tenía la frescura y delicadeza de sentimientos de una muchacha que entra en el mundo por primera vez.

Cuando Ratier hubo terminado sus confidencias, la señora de Haupelles se puso de pie, como dando fin a aquella conversación.

— Voy a tomar informes, no se lo oculto a usted. Si lo que usted me afirma es exacto, si es usted lo que parece ser, haré todo lo posible para disponer a Bárbara en su favor. No le ofendan mis dudas... Piense usted que un matrimonio es una cosa muy importante, irrevocable...

— Hace usted bien, señora; ojalá hubiese tomado yo también informes cuando conocí a Boleslao. Me hubiera evitado muchos disgustos. Es verdad que no habría conocido a Katia.

Al pronunciar estas palabras Ratier sonrió con aquella encantadora sonrisa suya tan alegre y tan franca, que hizo que se dibujara también otra en los labios de la señora de Haupelles.

Ratier salió con la cabeza alta, la nariz al aire, aspirando el aroma fresco de los árboles y se fué encantado, no sintiendo más que no haber visto a Catalina.

En cuanto hubo salido Ratier la señora de Haupelles escribió a la encantadora Bárbara, no tardando ésta en comparecer a su llamada.

A pesar de su inaudito aplomo la señora Slavsky entró muy alicaída en el saloncito funerario de su amiga. No había almorzado, lo que redoblabla la intensidad de sus penosas emociones y sospechando que iba a encontrar allí a su hija, temíase de antemano el merecido sermón que no podía faltar en aquella circunstancia.

La señora de Haupelles la recibió tan fríamente que en seguida se reanimó el corazón maternal de la señora Slavsky.

«Si no estuviese enterada de todo, pensó la astuta mujer, y tranquila acerca de Katia, no se mostraría tan glacial y reservada conmigo.

Este tibio elogio del noble corazón y de la delicadeza de la señora de Haupelles se tradujo en una queja dolorosa.

— Querida amiga mía, ya sabe usted la desgracia que me aflige. La conjuro a que no me desampare en tan horrible trance... Necesito de toda su influencia para ayudarme en mis pesquisas.

— Su hija de usted está aquí, dijo la señora de Haupelles, fríamente.

Bárbara lanzó un grito de sorpresa y de alegría en que había parte de sinceridad y parte de exageración, y dejándose caer en un sillón se deshizo en lágrimas... lágrimas verdaderas, si ustedes quieren, pues había estado muy inquieta toda la mañana.

— ¿Dónde está?, profirió la desventurada madre. ¡Déjeme usted que la vea, que la abraze!

— Ya la verá usted cuando llegue el caso. Hablemos primero.

La señora Slavsky hizo por calmar sus nervios y reprimir el torrente de sus lágrimas, para escuchar con seriedad lo que iba a decirle la señora de Haupelles.

— Ha faltado usted a todos sus deberes de madre, le dijo la señora de Haupelles con su voz lenta y cansada. Ha dado usted una educación pésima a una muchacha encantadora, a la que por dicha no ha podido usted echar a perder; le ha ofrecido los más deplorables ejemplos y para colmar la medida, la ha dejado usted aquí sola, sin protección contra las amistades abominables que tiene usted. ¿Sabe usted por qué se ha visto obligada a huir de su casa?

— No sé, repuso Bárbara con la misma serenidad, lo que ha podido decir a usted mi hija, ni a qué exageraciones se ha dejado arrastar... No sé más sino que ha tomado en serio las bromas de mal gusto que un amigo muy antiguo de la familia se ha permitido hacerla, autorizado por sus años y sus...

La señora de Haupelles se levantó como movida por un resorte.

— Su hija de usted está en mi casa, le dijo a su antigua amiga. Me quedo con ella. Reclámela usted por los medios legales y yo presentaré a la justicia las razones que tengo para negarme a entregársela. Advierto a usted que el debate será público y que llevaré testigos. Vaya usted, señora, no la detengo más.

Bárbara no parpadeó siquiera. No eran de su agrado ni los medios legales ni la audición de los testigos. Retrotrayendo la conversación, hizo como si no hubiese oído las hostiles palabras de su amiga.

— El general Tomine ha hecho muy mal. Su edad no excusa la inconveniencia de sus bromas, pero Katia tiene un cerebro arrebatado y ve monstruos en todas partes. Estoy persuadida de que si se le hacía contar lo que hubiera pasado en presencia del culpable o simplemente de la condesa, veríase que ha exagerado cosas que en sí tienen poca importancia.

— ¿Tendría usted el valor de hacérselo contar, replicó la señora de Haupelles, cuando yo no he tenido el de oírlo? Se me figuraba que algo de su pureza virginal se perdía a cada una de sus palabras... Aunque me diesen una fortuna no la haría repetir su doloroso relato. Ya ve usted que no podemos entendernos. Me quedo con su hija. Obre usted como guste.

Bárbara volvió a deshacerse en lágrimas.

— Después de todas las angustias que he sufrido, es muy duro que me traten así. No tengo más que a esa hija y me amenazan con quitármela. ¿Es culpa mía acaso, si no he podido casarla? ¿Es tan fácil ca-

sar a una muchacha? Muchas madres con más probabilidades de conseguirlo que yo, no lo han logrado sino muy tarde, y algunas, jamás. ¿Y a mí, que he hecho todo cuanto estaba en mi mano, me acusan de ser una madre desnaturalizada? ¡A mí que no he rehusado ningún pretendiente! ¿Qué culpa tengo yo de que todos los casamientos de Katia se hayan deshecho?

La señora de Haupelles escuchaba aquel elocuente discurso encogiéndose de hombros de tiempo en tiempo, y pensando que todo aquello no era más que una palabrería hueca y banal.

— No se trata ahora de eso. Usted quiere casar a Catalina, sin poder lograrlo. ¿Si yo encuentro para ella un partido conveniente, lo aceptará usted?

«Por fin enseñas la oreja, pensó la señora Slavsky. Ya sabía yo que había moros en la costa.»

— ¡Ya lo creo!, añadió en voz alta; todo lo que venga de su mano bienhechora es precioso para mí, pero es preciso que Catalina se case con un hombre rico. Mi hacienda se halla en el más lamentable estado ¿qué quiere usted? Yo no he sabido hacer economías y he firmado letras por valor de veinte mil francos.

— No las ha firmado usted, le respondió secamente la señora de Haupelles, sino el coronel...

— Ya la he dicho a usted, replicó la señora Slavsky evadiendo hábilmente la cuestión, que mi situación económica es muy lamentable. El casamiento de mi hija es mi única esperanza.

— Pues bien, se ha presentado un partido para su hija. Esta misma noche sabré si es aceptable del todo. Si es así le daré a usted cinco mil francos. Soy yo la que se los doy de mi caja de socorros despojando de su dinero a los pobres, pero Catalina a pesar de sus trajes de seda es más pobre que todos los desheredados... Recibirá usted cinco mil francos a cambio de su consentimiento.

— Esa cantidad no es suficiente, repuso Bárbara.

— Entonces no le devolveré a su hija y nos pasaremos sin el consentimiento de usted.

— Como usted quiera, pero tengo el de su padre en blanco y no se lo daré; según las leyes sin ese papel no puede casarse.

— Está bien; discutamos ya que se empeña usted... Puede usted conseguir más de lo que le ofrezco, pero mucho más tarde. Envieme usted su consentimiento y el de su marido en blanco y en cambio le daré a usted cinco mil francos esta noche o dentro de una hora si usted quiere.

— El mío en blanco, no. Quiero saber con quién se casa mi hija.

— Ya se lo diré mañana. ¿Acepta usted?

Bárbara, después de haber reflexionado un instante, dijo:

— Acepto.

— ¿Quiere usted firmar esta estipulación?

— No tengo ningún inconveniente, pero ¿me llevará a mi hija?

— No.

— Entonces, lo reflexionaré, repuso Bárbara levantándose. Sus condiciones no me gustan. Ya le enviaré mi respuesta.

Y salió tan furiosa, que si Catalina hubiese caído entonces en sus manos la habría abofeteado.

El coronel, más desalentado que nunca, extendido en su sillón, estaba meditando sobre el partido que debía tomar, pues dentro de tres días vencía una de las letras, cuando su incomparable amiga entró en su cuarto con el ímpetu de un huracán.

De un tirón contóle Bárbara todo lo que había pasado durante su ausencia, y usó un lenguaje tan crudo y hostil al referirse a los actores de los sucesos que el pobre coronel, en fuerza de oír hablar de miserables, de pillos, de canallas, de malvados y de imbéciles, sintió que le empezaban a zumbar los oídos, creyendo estar entre una banda de bandidos.

Por dicha, todo aquello se esclareció, resultando que la miserable era Catalina, la malvada la condesa, el canalla el general y el imbécil él mismo. Disipadas ya las nieblas de su cerebro, aprobó sin distinguos el discurso algo exagerado de su amiga.

— ¿Qué le parece a usted que hagamos?, le preguntó Bárbara.

— Acepte usted los cinco mil francos, le dijo sin titubear el coronel.

A Bárbara, que se había traído de Saxón en su saco negro una cantidad aproximada, le pareció la suma mezquina e intempestivo el celo del coronel.

— Pues entonces, ¿por qué ha venido usted a pedirme consejo?, le preguntó el infortunado Boleslao.

— Precisamente estaba yo pensando eso, replicó Bárbara, y salió corriendo dejando girar en la cabeza del coronel, como un torbellino, los sucesos que acababa de saber y las ideas que acababa de oír.

(Se continuará.)



Excmo. Sr. D. Juan Navarro Reverter, nuevo Académico de la Real Española. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

EXCMO. SR. D. JUAN NAVARRO REVERTER

Con gran solemnidad se ha efectuado en la Real Academia Española el acto de recibir académico de número al ilustre hombre público Sr. Navarro Reverter, en la vacante producida por el fallecimiento del padre Mir.

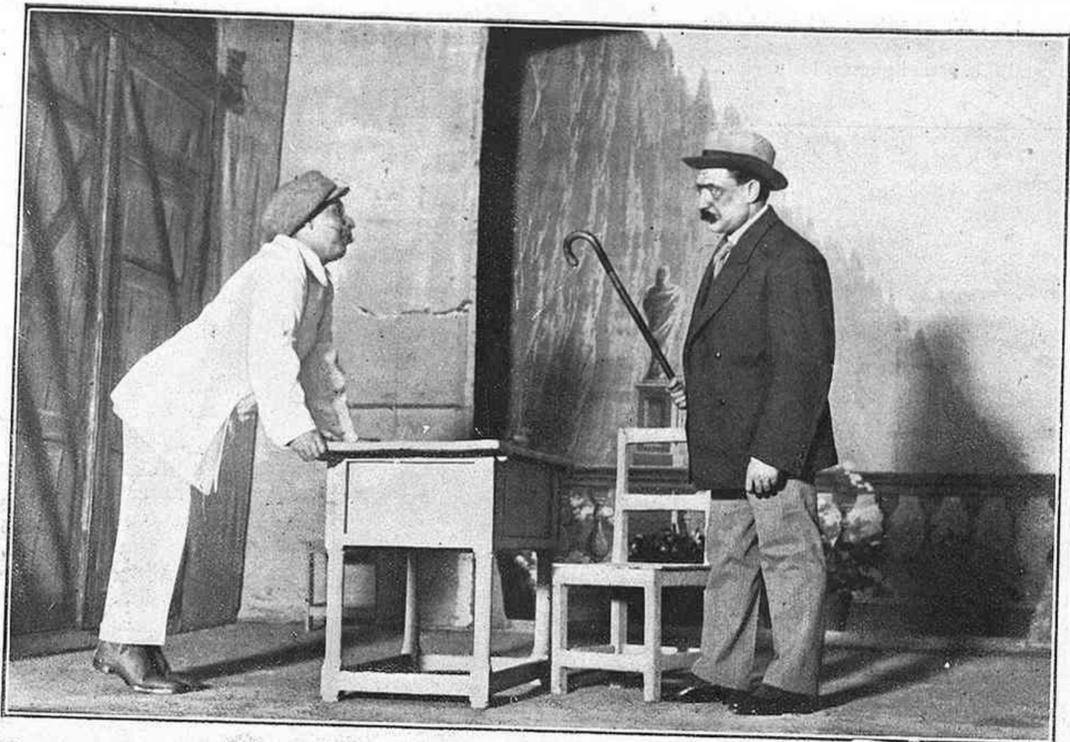
Presidió el director de la Academia D. Antonio Maura, quien tenía a sus lados al nuncio de Su Santidad, a los obispos de Sión, Madrid-Alcalá y San Luis de Potosí, y a los académicos Sres. Cotarelo y Comelerán.

En los estrados tomaron asiento numerosos individuos de la Real Academia Española y de otras academias, y muchas distinguidas personalidades del mundo de las letras, entre ellas la señora condesa de Pardo Bazán y los Sres. Picón, Echegaray, Cano, Cavestany, Rodríguez Carraco, conde de la Mortera, etc.

El nuevo académico leyó un hermoso discurso sobre el «Renacimiento de la poesía provenzal» en España, trabajo notabilísimo como obra de estudio, de erudición y de crítica, y escrito en galana forma y elevado estilo.

Es imposible en una nota como la que escribimos dar un extracto ni una idea siquiera del discurso del Sr. Navarro Reverter; pero por constituir un homenaje al renacimiento literario de nuestra región, copiaremos el siguiente párrafo:

«Aquella literatura lemosina que alcanzó su esplendor en España durante los siglos XII al XV no había muerto: sufría una catalepsia. Apagado el estruendo de las guerras de Sucesión, de la Independencia y las civiles, resurgió vigoroso el genio levantino y venció la catalepsia. El renacimiento de la literatura regional se inició en el ardiente canto *A la Patria*, del bardo don Buenaventura Carlos



Madrid. - Una escena de *El señor duque*, comedia en tres actos de D. A. Lepina, estrenada con buen éxito en el Teatro Eslava. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Aribau. La enseñanza de los *felibres* de Avignón dobló el Pirineo. En Cataluña, en Valencia, en Mallorca, se proclamó la fraternidad con aquellos moder-

nos trovadores, y una lucida juventud, ansiosa de renombre y de laureles, se alistó en las banderas de la poesía rediviva. Barcelona inició el movimiento literario restableciendo en 1859 el antiguo Consistorio de los Juegos Florales.»

Contestó al Sr. Navarro Reverter el académico Sr. Cortázar con otro elocuente discurso que, como el de aquél, fué muy aplaudido.

EL SEÑOR DUQUE

En el Teatro Eslava, de Madrid, se ha estrenado con muy buen éxito una comedia en tres actos de Antonio Lepina titulada *El señor duque*. El argumento se reduce a una serie de disparatadas aventuras que suceden al protagonista, un vividor que circunstancialmente se hace pasar por duque y se da una vida de príncipe, gracias a la credulidad ajena y a una porción de circunstancias hábilmente combinadas.

Este argumento da lugar a una serie de escenas sumamente cómicas que el autor ha sembrado de chistes de todas clases, desde los más inofensivos hasta los más picantes, y que el público ha acogido con gran regocijo y muchos aplausos, especialmente en los dos últimos actos, que son indudablemente los mejores de la obra.

En la interpretación se distingue en principalísimo término el notable actor cómico señor Alarcón, que hace del supuesto duque un tipo delicioso sin recurrir a efectos rebuscados ni de mala ley. La señora Alverá, la señora Satorre, y los señores Tojedo, París y Kanner desempeñan con gran acierto sus papeles respectivos.



A. Ehrmann.

REPATRIADOS ALEMANES

Cuando estalló la actual guerra, los nacionales de los Esta-

La inmensa mayoría de estas colonias extranjeras quisieron desde luego regresar a su patria y aunque de momento se opusieron algunos obstáculos a la realización de tal desecho, al fin

Estos repatriados son objeto, como se comprenderá, de toda clase de cuidados y atenciones. La Cruz Roja alemana ha preparado para ellos amplios y cómodos locales para todos los



La guerra europea. En Sigen (Baden). - Llegada de alemanes que residían en Francia cuando estalló la guerra y cuya repatriación fué autorizada por el gobierno francés, aunque sólo para las mujeres y los hombres no sujetos al servicio militar. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

dos beligerantes que se hallaban establecidos o estaban de paso en alguno de los países enemigos del suyo, encontraronse en situación en extremo apurada a consecuencia de la natural hostilidad que hacia ellos demostraban las poblaciones en donde residían, hostilidad que en algunos casos se tradujo en actos de violencia. Hay que hacer constar, sin embargo, en honor a la verdad y al espíritu de tolerancia y de cultura que caracteriza a los pueblos europeos, que estos actos han sido muy pocos y han constituido excepciones rarísimas.

los gobiernos consintieron en su repatriación, si bien limitándola a las mujeres, a los niños y a los hombres que por su edad o por otras circunstancias estaban exentos del servicio militar en sus países respectivos, y prohibiéndola a los que se hallaban en condiciones de empuñar las armas.

El grabado que adjunto reproducimos representa un numeroso contingente de alemanes residentes en Francia a su llegada a la población bávara de Sigen, situada junto a la frontera suiza.

servicios, facilitándoles durante su estancia en aquella población comida y alojamiento y cuanto necesitan hasta quedar instalados en los puntos en donde han de tener su residencia definitiva.

A tal extremo llegan estas atenciones y cuidados, que una sección de damas de la Cruz Roja se encarga de los niños cuyos padres no han podido salir de Francia y a quienes éstos han querido enviar a Alemania, y no los dejan hasta ponerlos en mano de sus deudos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

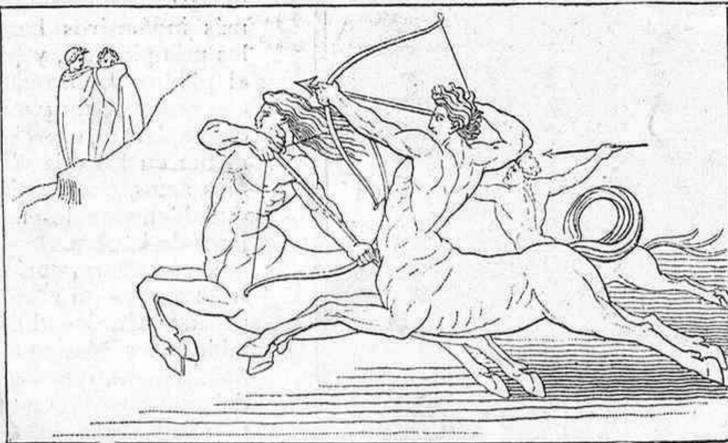
EL EVANGELIO Y LAS MADRES, por Enrique Bolo, Presbítero. Traducida por el P. Donisio Fierro Gasca, Escolapio. - El autor de este libro, conocidísimo por gran número de notables obras religiosas y considerado como uno de los primeros oradores sagrados de la Francia contemporánea, de-

muestra en él un conocimiento perfecto de las ciencias teológicas, un dominio sutil de la psicología, una elocuencia amable, insinuante y un estilo cuajado de bellas imágenes que nos muestra el corazón de la mujer y sobre todo de la madre con todos los tesoros de su ternura y de su amor. La obra está dedicada a la glorificación de la maternidad, no sólo desde el punto de vista humano, sino también teológico y divino, y al describir las sublimes madres del antiguo y del nuevo Testa-

mento, nos prueba que la maternidad ha sido siempre mirada por Dios con singular predilección hasta darnos en María la Madre del Salvador, el modelo portentoso y sublime de la maternidad cristiana y de la educación de los hijos. La castiza traducción del P. Fierro Gasca conserva todo el encanto del original. Un tomo de 278 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gil; precio, 2,50 pesetas en rústica y 3,50 encuadernado en tela inglesa.

LA DIVINA COMEDIA

por DANTE ALIGHIERI



Tres se adelantaron de la fila, con los arcos y flechas que habían prevenido

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAYETANO ROSELL, y enriquecida con un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Esta notable edición va ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publica en cuadernos semanales de cuatro reales uno, los cuales constan de 8 pliegos de 8 páginas de texto, que contienen asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de Juan Flaxman en número de 110.

La edición se ha impreso sobre papel couché y consta de 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

TERMINADA LA IMPRESION DE ESTA OBRA

SE VENDE ENCUADERNADA A 12 PESETAS

EL MUNDO FISICO

POR AMADEO GUILLEMIN, TRADUCCIÓN DE M. ARANDA Y SANJUÁN
Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales

(Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN